CORA Cork Open Research Archive
Cartlann Taighde Oscailte Chorcaí

Title	Maras Y Pandillas: Límites De Su Transnacionalidad
Authors	Santamaria, Gema Kloppe-
Publication date	2007-09-01
Original Citation	Santamaria, G. K. (2007), 'Maras Y Pandillas: Límites De Su Transnacionalidad', Revista Mexicana de Política Exterior, 81, pp. 101-123. https://doi.org/https://re.sre.gob.mx/rmpe/index.php/rmpe/article/view/600
Type of publication	Article (peer-reviewed)
Link to publisher's version	https://revistadigital.sre.gob.mx/index.php/rmpe/article/view/600 - https://re.sre.gob.mx/rmpe/index.php/rmpe/article/view/600
Rights	© 2007, SRE.
Download date	2026-11-06 06:58:19
Item downloaded from	https://hdl.handle.net/10468/19421



UCC
University College Cork, Ireland
Coláiste na hOllscoile Corcaigh

Maras y pandillas: límites de su transnacionalidad

Gema Santamaría Balmaceda

Ya piensas loco, lo que tienes en tu mente:
maldad o envidia o ser rebelde.
Yo he crecido en el ambiente de mi barrio (*bis*)…
El lema de la mafia es matar al que busca
El lema de la MS es Mara Salvatrucha.

IVÁN, 15 AÑOS[1]

Las maras, nombre popular de las pandillas de jóvenes centroamericanos que tuvieron su origen en la ciudad estadunidense de Los Ángeles, han sido retratadas como un fenómeno que traspasa las fronteras de lo nacional y que amenaza la seguridad nacional de México y de los países del norte de Centroamérica. Más aún, tanto la Mara Salvatrucha (MS 13) como la pandilla del Barrio 18 (18th Street), las dos principales confederaciones a las que pertenecen los jóvenes de estas pandillas, suelen ser concebidas como organizaciones criminales que poseen una estructura vertical y con la capacidad de coordinar, de manera transnacional, las distintas actividades delictivas

[1] Letra de un "corrido" compuesto por un joven pandillero. Tomado de José Luis Rocha, "Lanzando piedras, fumando 'piedras': evolución de las pandillas en Nicaragua, 1997-2006", Managua, Nicaragua, Universidad Centroamericana (UCA), noviembre de 2006, en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

a las que se les ha asociado.[2] De acuerdo con esta concepción de las maras, el líder de la MS 13 o del Barrio 18, conocido usualmente como "palabrero" o "primera palabra", estaría ubicado en Los Ángeles y tendría la capacidad de dictar órdenes efectivas dirigidas a las "clickas" o células de la pandilla que operan a nivel local en San Salvador, Guatemala, San Pedro Sula o Tegucigalpa. Sin embargo, un estudio reciente de la Red Transnacional de Análisis sobre Maras[3] demuestra que no hay evidencia empírica suficiente para concluir que estas pandillas mantienen vínculos criminales a nivel transnacional. En todo caso, los vínculos no son formales ni están institucionalizados y las maras operan más bien como una red de crimen *des*organizado. No obstante, la migración y las deportaciones han jugado un papel relevante en el surgimiento y la proliferación de estas pandillas; pero, como quedará demostrado en este ensayo, la importancia de los flujos migratorios disminuye considerablemente a partir de 2003 y la trayectoria migratoria de estos jóvenes no se traduce necesariamente en la implementación de redes delictivas transnacionales.

El presente artículo argumenta que, actualmente, la transnacionalidad de las maras se limita a la reproducción de rasgos identitarios y dinámicas de violencia a nivel local que toman

---

[2] Véase, por ejemplo, cómo se retrata el fenómeno de las maras en Federal Bureau of Investigation (FBI), "Gangs in the Americas and Beyond: FBI Exec Outlines Anti-Gang Strategy to Congress", Statement of Chris Swecker Assistant Director, Criminal Investigative Division, 20 de abril de 2005, en *http://www.fbi.gov/congress/congress05/swecker042005.htm*; Secretaría de Seguridad Pública de Chiapas, *Pandillas juveniles delictivas en Chiapas*, México, 2005, mimeo.; Jorge Fernández Menéndez y Víctor Ronquillo, *De los maras a los zetas: los secretos del narcotráfico, de Colombia a Chicago*, México, Grijalbo, 2006, 290 pp.

[3] La Red es un proyecto del Centro de Estudios y Programas Interamericanos (CEPI) del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), realizado en colaboración con varios investigadores e instituciones de la región. Los resultados completos de los diagnósticos, así como los nombres de los integrantes de la Red pueden consultarse en el sitio: *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

como referente inmediato a las maras de origen californiano. Sin embargo, como lo muestran los hallazgos de la Red, esta transnacionalidad no forma vínculos o redes que alimenten o potencien las actividades ilícitas que estas pandillas realizan a nivel local. Incluso puede hablarse de un quiebre generacional que indica que los miembros más jóvenes de las pandillas ni siquiera han salido del territorio nacional.

Para demostrar lo anterior se explicará, a través de cuatro momentos u oleadas migratorias, la manera en que surge y prolifera el fenómeno de las maras a nivel regional. De estos cuatro momentos, sólo en los tres primeros se puede hablar de la migración como un factor que, de manera directa, desencadena la formación de nuevos grupos pandilleriles en Centroamérica, que reproducen las pandillas que existían desde hace más de tres décadas en los barrios latinos estadunidenses. La migración se convierte en estos tres momentos en un factor que le imprime nuevos rasgos a las pandillas locales que ya existían en la región y abre la posibilidad de crear vínculos que vayan más allá del territorio nacional. En la cuarta etapa, la actual, el impacto de los flujos migratorios en la proliferación y en la formación de redes delictivas transnacionales es bastante cuestionable. De hecho, el carácter transnacional de las maras en la región se limita actualmente al ámbito de lo cultural y simbólico.[4]

En una segunda parte, se abordará el tema de la presencia de las maras en México, la cual está circunscrita a las ciudades fronterizas del sur del país y presenta rasgos muy diferentes a los de las maras del norte de Centroamérica. En México, como

[4] Las características de esta cuarta etapa aplican tanto para México como para Centroamérica. A pesar de que en El Salvador y Guatemala los estudios de la Red confirmaron cierto grado de comunicación entre pandilleros de uno y otro país, ésta suele ser de carácter informal y no necesariamente asociada a actividades delictivas. Más importante aún, no aparecen contactos sistemáticos que obedezcan a un orden jerárquico específico. Véase *http://interamericanos.itam.mx/maras/diagnosticos.html*.

lo demuestra el diagnóstico de la Red para el caso mexicano desarrollado por Carlos Mario Perea,[5] la presencia de las maras es limitada, está mucho menos organizada, presenta menores niveles de violencia y sus vínculos con el crimen organizado no están del todo definidos. Sus dinámicas, lejos de reproducir aquéllas de los jóvenes mareros del norte de Centroamérica, son más cercanas a las del resto de las pandillas locales que existen en México. A saber, un menor uso de violencia (que no necesariamente de criminalidad) y un menor grado de rompimiento con los conectores sociales tradicionales (léase familia, escuela y comunidad).[6] En todo caso, el "sello mara" se limita al plano de lo simbólico, es decir, a la reproducción de la cultura pandilleril de las maras de origen californiano, cultura que se pone de manifiesto en el uso de ciertos tatuajes, vestimenta, grafitis, simbología escrita, lenguaje corporal, entre otros.[7]

Las maras: lo transnacional y lo local

Una de las principales particularidades de las dos grandes confederaciones de maras, la Mara Salvatrucha y la pandilla del Barrio 18, reside en su carácter expansionista.[8] Con la excepción de los Ñetas y los Latin Kings, pandillas de origen latino

---

[5] Carlos Mario Perea, "Pandillas en México. Informe de investigación", México, Red Transnacional de Análisis sobre Maras y Pandillas, noviembre de 2006, en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

[6] Para una discusión conceptual sobre la relación pandillas-conectores sociales, véase C. M. Perea, *Con el diablo adentro: pandillas y poder*, México, Siglo XXI, 2007.

[7] Manfred Liebel, "Pandillas y maras: señas de identidad", en *Revista Envío*, núm. 224, julio de 2002.

[8] Tomás Andino Mencía, "Las maras en la sombra: ensayo de actualización del fenómeno pandillero en Honduras", Tegucigalpa, Universidad Centroamericana "Simeón Cañas", septiembre de 2006, p. 10, en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

que se han hecho presentes en España,[9] prácticamente no se conocen casos de pandillas de origen latino que logren reproducirse más allá de su ámbito local.

Tradicionalmente, las pandillas suelen agrupar a jóvenes que se reúnen para defender el barrio contra la pandilla contraria, participar en actividades delictivas que reditúan en ganancias para la pandilla (generalmente usadas para el consumo de drogas o para entretenimiento) o simplemente para "pasarla bien" y ser parte de un colectivo que, para muchos de ellos, representa su verdadera familia. Todo ello tiene lugar en un espacio que se circunscribe al barrio, la colonia o la comunidad en la que habitan los jóvenes de las ciudades modernas. Pocas veces las organizaciones pandilleriles adquieren una dimensión nacional, mucho menos logran saltar al ámbito regional o internacional. ¿Qué explica entonces que la MS 13 y la pandilla del Barrio 18 hayan logrado pasar de lo local a lo nacional y de lo nacional a lo regional? ¿Qué hace que se constituyan, al menos en lo simbólico, como "barrios transnacionales"?[10]

La explicación reside tanto en la fuerza simbólica que tienen los rasgos identitarios de las maras como en la existencia de flujos migratorios que extendieron la presencia de estos grupos hacia, por lo menos, cinco países: Estados Unidos, México, Honduras, Guatemala y El Salvador.

Las maras, al igual que otras pandillas, resultan sumamente atractivas para cientos de jóvenes que encuentran en el "ser pandillero" un sentido de la pertenencia, la solidaridad y la protección que han dejado de proveerles otras instancias de

---

[9] Carles Feixa *et al.*, *Jóvenes "latinos" en Barcelona. Espacio público y cultura urbana*, Barcelona, Editorial Anthropos/Ayuntamiento de Barcelona, 2006.

[10] Véase la discusión que desarrolló José Miguel Cruz de las maras como red y que ofrece una visión distinta a la planteada en el presente artículo: José Miguel Cruz, "El barrio transnacional: las maras centroamericanas como red", en Francis Pisani, Natalia Saltalamacchia, Arlene Tickner y Nielan Barnes (eds.), *Redes transnacionales en la Cuenca de los Huracanes*, México, ITAM/M. A. Porrúa, 2007, pp. 357-381.

socialización como la familia, la escuela, el trabajo o la propia comunidad en la que habitan.[11] No obstante, las maras poseen una estética pandillera más elaborada y unos códigos de ingreso, comportamiento y disciplina interna mucho más complejos que el promedio de las pandillas locales que operan en Centroamérica y México. Sus peculiares rasgos simbólicos proveen a las maras con un mayor grado de cohesión y de diferenciación frente al resto de las pandillas, mientras que sus reglas particulares les permiten mantener un mayor grado de disciplina y de lealtad que disminuye las posibilidades de deserción y de traición entre sus miembros.

De hecho, a medida que se han ido agudizando las políticas de mano dura en los países del llamado "triángulo del norte" (Guatemala, Honduras y El Salvador) los rasgos simbólicos han ido diluyéndose mientras que los códigos y las normas al interior de la pandilla se han ido endureciendo. Ambas tendencias representan un mecanismo de supervivencia por parte de los miembros activos de la pandilla. Las señas de identidad y la estética típica del marero, caracterizada por tatuajes distintivos en el rostro y en el cuerpo o el uso de una vestimenta específica, se vuelven sumamente costosas y arriesgadas frente a políticas de combate que justamente tienden a criminalizar todo aquel rasgo que vincule a los jóvenes con las pandillas.[12]

---

[11] Gema Santamaría, "Las maras centroamericanas, una identidad que ha dejado de tatuarse: posibles lecciones para las pandillas mexicanas", *CEPI Working Paper* núm. 9, México, CEPI-ITAM, marzo de 2006, pp. 6-8.

[12] Una de las principales críticas que puede hacerse a las políticas de mano dura que han sido implementadas por los gobiernos del triángulo del norte es que tienden a tipificar como delito el hecho de ser pandillero, lo que lleva a que, en lugar de sólo castigar el acto ilícito cometido por el joven pandillero, las autoridades hayan podido tomar acciones de represión, basándose meramente en el aspecto físico del joven (uso de tatuajes o vestimenta). El costo de este enfoque es enorme, porque criminaliza de manera indistinta a miles de jóvenes y no reconoce que el hecho de pertenecer a las maras, aun a las dos grandes confederaciones, no significa necesariamente que ellos hayan cometido actos criminales.

Por el contrario, las reglas de ingreso y salida de la mara, así como las normas de comportamiento al interior de la misma, necesitan ser más estrictas para garantizar la protección y la lealtad entre los miembros activos. De hecho, ésta es una de las razones que han sido usadas para explicar que, en casos como el de Honduras, haya disminuido en los últimos años el número de mujeres y niños que ingresan a las maras. En palabras de Tomás Andino: "Al igual que respecto a las mujeres, las pandillas con más adultos miembros tienden a desconfiar de la capacidad de los niños de guardar información, lealtad y cumplir misiones complejas".[13]

Aun así, la fuerza simbólica de las maras sigue atrayendo a nuevos miembros, como lo demuestra el caso de las maras o grupos juveniles imitadores de maras (conocidos como "clones") que, como explicaremos más adelante, han surgido en algunos municipios del estado de Chiapas.

La segunda razón que da origen al carácter transnacional de las maras puede explicarse, como se mencionó al inicio de este artículo, a la luz de cuatro etapas u oleadas migratorias que han tenido lugar en la subregión conformada por México, Centroamérica y Estados Unidos.

El primer momento se desarrolla durante la segunda mitad del siglo XX en dos escenarios geográficos distintos. Por un lado, en Los Ángeles surgen y se expanden las pandillas de origen latino conformadas en su mayoría por comunidades migrantes de mexicanos de primera o segunda generación. La Mafia mexicana y la misma pandilla del Barrio 18, por ejemplo, surgen como pandillas con un fuerte componente de reivindicación étnica que cobra sentido en un escenario de fuerte racismo, hostilidad y exclusión, que enfrentan las comunidades de migrantes latinos en las grandes ciudades estadunidenses. De ahí que, en un primer

[13] T. Andino, *op. cit.*, pp. 18-22.

momento, uno de los símbolos más recurrentes de la pandilla del Barrio 18 sea precisamente la imagen de la Virgen de Guadalupe (tan presente en el imaginario de "lo mexicano") o el uso de los tres colores de la bandera nacional de México. El otro escenario tiene lugar en los países del norte de Centroamérica y está caracterizado por un proceso acelerado de urbanización que genera, entre otras cosas, el surgimiento de pandillas locales que operan de manera atomizada y que tienen un margen de operación circunscrita al barrio o a la colonia.[14]

El segundo momento se da durante la década de los años ochenta. Este periodo, que inaugura el primer capítulo de la historia transnacional de las maras, se caracteriza por la llegada masiva de niños y jóvenes centroamericanos a Estados Unidos a causa de los cruentos enfrentamientos armados (en el caso de Guatemala y El Salvador) o de la fuerte violencia social que se vivía en sus países de origen (como fue el caso de Honduras). Ante la exclusión social y la discriminación que enfrentaban varios de estos niños y jóvenes en algunas ciudades de Estados Unidos, las pandillas latinas representaban un espacio atractivo para ganar respeto y también para protegerse de otros grupos delictivos que existían en los barrios marginales. Fue así que estos jóvenes centroamericanos ingresaron a las pandillas ya existentes, como la pandilla del Barrio 18, conformada inicialmente sólo por migrantes de origen salvadoreño, y la otra gran confederación de las maras: la Mara Salvatrucha.

En esta segunda etapa podemos ubicar el origen del rasgo transnacional que a nivel simbólico tienen las maras, contrario a la dinámica tradicional de las pandillas, que permite a sus miembros "desterritorializar" a la pandilla y guardarle la misma lealtad, ya sea en Los Ángeles, en Tegucigalpa o en San Salvador. Las maras surgen como un grupo de jóvenes que

[14] J. L. Rocha, *op. cit.,* p. 12.

comparten su condición de migrantes y que hacen de la reivindicación étnica fuera del territorio nacional uno de sus rasgos fundacionales; de ahí que no parezca del todo fortuito que, al darse la siguiente oleada migratoria, lleven consigo al "barrio" fuera del territorio geográfico y lo instauren en otro espacio, pero manteniéndolo en un nivel simbólico.

La tercera "oleada migratoria" se da en los años noventa, después de los procesos de paz en Centroamérica. La oficina del entonces llamado Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos deportó a miles de migrantes de origen centroamericano, aludiendo razones de seguridad. El proceso fue desordenado y abrupto, y no estableció mecanismos de coordinación que permitieran a los países receptores identificar de manera efectiva a los deportados que tuvieran antecedentes penales. De acuerdo con cifras oficiales, entre 1998 y 2004 fueron deportados 106 826 hondureños; 87 031 salvadoreños; 64 312 guatemaltecos, y 7745 nicaragüenses (véase Cuadro 3).[15] De este total, se dice que entre 1993 y 2005 las cifras de deportados con antecedentes penales ascendía a 50 000 personas.[16]

---

[15] U.S. Department of Justice-INS, *1998, 1999, 2000, 2001, 2005 Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, y Office of Immigration-U.S. Department of Homeland Security, *2002 Yearbook of Immigration Statistics*. Cifras citadas tomadas de J. L. Rocha, *op. cit.* Es importante subrayar el bajo número de nicaragüenses que, comparativamente, son deportados. La razón obedece a las diferencias cualitativas de la migración nicaragüense (tanto en el destino de su flujo —Miami en lugar de Los Ángeles—, como en el perfil socioeconómico de la diáspora nicaragüense, se trataba de las elites que simpatizaban con la dictadura de Somoza y que se oponían al régimen sandinista). José Luis Rocha menciona que en esta dinámica migratoria distinta puede hallarse una de las razones por las que en Nicaragua, a pesar de los altos niveles de pobreza, no hay maras.

[16] Robert Lopez, Rich Connel y Chris Kraul, "Gang Uses Deportation to Its Advantage to Flourish in US", *Los Angeles Times*, 30 de octubre de 2005, citado en Natalia Armijo, Raúl Benítez Manaut, Athanasios Hristoulas, *Las maras y la seguridad del triángulo México-Estados Unidos-Centroamérica*, en prensa, p. 3.

A pesar de que no se tienen cifras precisas acerca de qué porcentaje de los deportados, con o sin antecedentes penales, pertenecían a las pandillas, podemos afirmar que este tercer momento termina de sellar el vínculo transnacional que había surgido entre las pandillas locales de Centroamérica y las maras de origen californiano. Son múltiples las condiciones que hacen que los países del triángulo del norte presenten un clima propicio para la proliferación de las dos grandes confederaciones de maras. Uno de los factores identificados ha sido el proceso de desmilitarización abrupta y los vacíos de poder en términos de instituciones de procuración de justicia que trajo consigo la transición de la guerra a la paz. Como señala Raúl Benítez Manaut: "La desmilitarización no fue acompañada por un proceso paralelo de fortalecimiento y profesionalización de los cuerpos policiales que tendrían que hacerse cargo de enfrentar los nuevos retos como el narcotráfico, el terrorismo y la creciente delincuencia".[17] A esto se suma, además, toda una serie de factores estructurales e institucionales vinculados con la pobreza rampante y la exclusión social que afecta a estos países, las crisis económicas y el debilitamiento de las instituciones sociales del Estado producto de los ajustes estructurales de los noventa, así como la corrupción, el abuso de poder y el autoritarismo que siguieron presentes entre las autoridades gubernamentales aun tras la transición democrática de los noventa. El resultado fue, como explica Rocha, el traslado del conflicto hacia las zonas urbanas bajo un esquema distinto de violencia social caracterizado por "desideologización de la violencia, democratización de su ejercicio y urbanización de sus escenarios".[18] La población juvenil de estos países es peculiarmente susceptible a este nuevo escenario y será, por ende, una

[17] N. Armijo, R. Benítez y A. Hristoulas, *op. cit*., pp. 11-12.
[18] J. L. Rocha, *op. cit.*, p. 1.

de las principales protagonistas (tanto en su calidad de víctima como de victimario) de la nueva escalada de violencia social.

El cuarto y último momento se da a fines de la década de los años noventa y se extiende hasta la actualidad. Tanto la crisis económica como los efectos devastadores del huracán *Mitch* de 1998 generan otro éxodo importante de centroamericanos que, en su ruta hacia Estados Unidos, prolongan su periodo de paso por México.[19] La tendencia se reafirma a partir de 2003 con la implementación de las políticas de mano dura o cero tolerancia. Bajo distintos nombres (Plan Mano Dura y Súper Mano Dura en El Salvador; Plan Escoba, en Guatemala, o Plan Libertad Azul en Honduras), estos programas tienen como denominador común privilegiar la represión y el combate directo de las pandillas como método para disminuir la violencia juvenil. Cabe destacar que todos, además, han fracasado en su intento por disminuir los índices de violencia y han sido, más bien, cuestionados en términos de la transparencia de los procesos de procuración de justicia.[20] Esto, aunado a las cada vez más estrictas políticas migratorias de Estados Unidos, elabo-

---

[19] También es importante señalar que aumenta la migración intrarregional, especialmente de salvadoreños hacia Guatemala. Este país, al igual que México, deja de ser mero tránsito y se convierte en destino de la migración de los otros dos países del triángulo del norte, sobre todo de El Salvador. Véase Elin Celine Ranum, "Diagnóstico Nacional Guatemala", Red Transnacional de Análisis sobre Maras/Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP)-Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", 2006, en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

[20] De hecho, la tasa de homicidios y los crímenes extrajudiciales se han disparado en los últimos tres años y el único resultado visible ha sido el aumento exponencial de la presencia de jóvenes en las cárceles, mismas que se han convertido en verdaderas escuelas de crimen y en laboratorios para la creación de una estructura más organizada, vertical y con vínculos más cercanos con el crimen organizado. Para ampliar el tema, consultar los diagnósticos de El Salvador, Guatemala y Honduras desarrollados por la Red Transnacional de Análisis sobre Maras (apartado correspondiente a "Respuestas de los gobiernos") en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

radas a la luz de un escenario post 11 de septiembre que pone la seguridad como eje rector del trato hacia los migrantes, hace que México se convierta, en no pocos casos, en un país de destino en lugar de un país de tránsito de la migración de origen centroamericano.

El impacto de esta etapa en el fenómeno de las maras en la región es doble. Por un lado, las maras empiezan a hacerse presentes en un nuevo escenario: el sur de México, específicamente, en la ciudad de Tapachula, Chiapas. Por otro, en Centroamérica, provoca la desintegración de cientos de familias y la existencia de niños y jóvenes que crecen en hogares fragmentados, encabezados por los abuelos o por otros familiares. Esto genera una dinámica perniciosa, pues la migración de los padres se traduce en niños y jóvenes desatendidos y abandonados que optan por la pandilla como espacio de socialización y de protección.[21]

Lo anterior, sin embargo, no debe ser utilizado para afirmar que existe una relación inmediata entre migración y proliferación de las maras. Huelga decir que ni todos los jóvenes migrantes de origen centroamericano pertenecen a las maras ni el contacto de mareros con jóvenes mexicanos significa que el fenómeno anidará de manera automática en las ciudades del país. De hecho, como veremos, las maras no han logrado extender su presencia en México y varios de los mareros que efectivamente pasan por territorio nacional se comportan como cualquier otro migrante que busca cruzar la frontera para llegar a Estados Unidos.

Más importante aún, debe quedar claro que una mayor presencia de células pertenecientes a la Mara Salvatrucha o a la pandilla del Barrio 18 en la región no quiere decir que éstas

---

[21] En entrevistas realizadas por la autora con trabajadores sociales en San Salvador el problema de las familias desintegradas fue señalado como una de las consecuencias más claras que ha tenido la migración en la agudización de la violencia juvenil (entrevistas realizadas en julio de 2007).

estén conectadas entre sí o que mantengan fuertes vínculos transnacionales en términos de sus actividades delictivas. Incluso durante este cuarto momento, la evidencia demuestra que el nivel de transnacionalidad de las maras, en términos de sus operaciones, es prácticamente inexistente. En Guatemala, por ejemplo, una encuesta desarrollada recientemente muestra que el 58.5% de los pandilleros entrevistados negó que existiera una relación con pandillas de otros países; el restante 41.5% indicó, en su mayoría (66.7%), que esta relación es de carácter informal, mientras que "sólo un 18.5% mencionó una relación mucho más formal, jerárquica y estructurada consistente en recibir o dar órdenes".[22] En el caso salvadoreño, la encuesta realizada por el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de El Salvador para el diagnóstico de la Red Transnacional de Análisis sobre Maras muestra que sólo el 28.2% de los pandilleros entrevistados en cárceles habían tenido relación con pandillas de otros países; de éstos, el 66.0% afirmó que la relación era para intercambiar información (42.9%) o para recibir órdenes (23.1%).[23] Este dato es especialmente revelador si consideramos que es supuestamente en las cárceles donde se han fortalecido los contactos transnacionales y se han sofisticado los métodos de operación.[24]

---

[22] E. C. Ranum, *op. cit*., p. 23.

[23] Jeannette Aguilar, "Diagnóstico de El Salvador", Red Transnacional de Análisis sobre Maras/IUDOP-Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", 2006, en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

[24] Las cárceles han sido descritas como el espacio ideal para que los pandilleros entren en contacto con el crimen organizado. Las razones tienen que ver, por un lado, con las cada vez más largas estadías de los mareros en las cárceles a raíz de las políticas de mano dura; pero también con el hacinamiento y con los pocos programas de rehabilitación con los que se cuenta en los centros penales del norte de Centroamérica. Si las posibilidades de rehabilitarse son bajas o inexistentes es natural pensar en que los pandilleros tienen más incentivos para continuar su "carrera delictiva", ingresando a las filas del crimen organizado.

La presencia marera en México

El término *mara* empezó a emplearse en México hace apenas tres años. De hecho, podemos ubicar la primera aparición pública del fenómeno en noviembre de 2004, con la supuesta irrupción masiva de jóvenes pertenecientes a estas pandillas en México, específicamente en la frontera sur del país.[25] A partir de entonces, el tema se colocó en la primera plana de los diarios; suscitó varias declaraciones por parte de tomadores de decisión acerca de sus dimensiones, así como la puesta en marcha de programas que señalaban a las maras como una amenaza a la seguridad pública del país.

Sin embargo, la reacción por el fenómeno tanto en la opinión pública como entre los tomadores de decisión no ha estado exenta de malos entendidos e, incluso, ha habido una clara tendencia a sobredimensionar el número de los miembros de estas pandillas en México, y las consecuencias reales que pueden tener en el ámbito nacional.[26] Las razones tienen que ver, por un lado, con una cuestión de percepciones y, por otro, con

---

[25] El ejemplo más ilustrativo tuvo lugar en Tapachula, Chiapas durante el desfile del 20 de noviembre de 2004. Una radio local advirtió entonces que las maras habían "invadido" la ciudad y que habían ocurrido enfrentamientos violentos entre jóvenes pertenecientes a la Mara Salvatrucha y la pandilla del Barrio 18. El pánico colectivo fue tal que se suspendieron las clases en las escuelas debido al temor de que se pusiera en peligro la vida de los estudiantes. Rodolfo Villalba Sánchez, "Causa histeria colectiva falsa alerta sobre ataque de *maras* en Tapachula", *La Jornada*, 23 de noviembre de 2004, en *http://www.jornada.unam.mx/2004/11/23/034n1est.php*.

[26] Por ejemplo, en un informe del entonces secretario de Gobernación, Santiago Creel, se dio a conocer que había maras en 21 estados de la República. Véase Discurso presentado para dar a conocer los resultados del Operativo Frontera Sur-Costa, en *http://www.gobernacion.gob.mx/templetas/boletin.php?id=3493*. También llegó a afirmarse que diariamente ingresaban 500 miembros de las maras al territorio nacional. Consúltese el apartado correspondiente a "Las maras en México" en C. M. Perea, *op. cit.*

una condición geográfica y estructural que efectivamente parecía corroborar la hipótesis de que el país era un campo fértil para su proliferación.

Con lo primero nos referimos a la imagen que estos jóvenes pandilleros proyectan de sí mismos. Se trata, en todo caso, de jóvenes tatuados prácticamente en todo el cuerpo, incluido el rostro, que suelen jactarse del número de sus muertos y que fundan su "respeto" al interior de la pandilla en la violencia que pueden ejercer contra sus adversarios. Lo segundo se refiere a que México, como país de expulsión, tránsito y destino de migrantes centroamericanos, y con una ubicación geográfica que lo coloca literalmente en medio de dos fuertes escenarios con presencia pandilleril: por un lado, Estados Unidos (en especial el estado de California) y, por el otro, Guatemala (y los otros dos países del llamado "triángulo del norte", El Salvador y Honduras), parecía expuesto de manera inevitable a la presencia de estos grupos delictivos. Esto, sin mencionar dos condiciones que abren un flanco de vulnerabilidad al sur de México: una frontera altamente porosa, con una presencia importante de actores vinculados al crimen organizado, y condiciones de pobreza y exclusión social entre la población juvenil que reproducen el marco estructural donde nacieron las maras en el norte de Centroamérica.

Sin embargo, la evidencia empírica del diagnóstico para el caso de México, dirigido por el investigador Carlos Mario Perea, demuestra que la presencia de las maras en el país, incluso en la frontera sur, es limitada.[27]

Para abordar el tema de las maras en México podemos plantear dos momentos. El primero coincide con el cuarto momento u oleada migratoria descrita en el apartado anterior, mismo que marca por vez primera la entrada significativa de maras

[27] *Idem*.

al territorio nacional. El segundo inicia con los operativos de combate que lleva a cabo el gobierno de Chiapas para contener el fenómeno, y continúa con los efectos que deja tras de sí el paso del huracán *Stan* en Tapachula, Chiapas, y en los países del norte de Centroamérica.

En el primer momento, aunque no quedó del todo demostrado su nivel de organización, ni si lo hacían a título individual o en coordinación con su "clicka", se señaló la participación de mareros en la extorsión de los migrantes de origen centroamericano que tomaban el famoso "tren de la muerte" para emprender su tortuosa ruta hacia Estados Unidos.[28] En específico, la Mara Salvatrucha resultó implicada en dichos asaltos. A decir de Perea, esta pandilla "controlaba los flujos de inmigrantes, cobraba el 'derecho' de paso de la frontera y el uso del tren".[29] No obstante, como reconoce también el investigador, esta actividad formaba parte de una larga tradición de extorsión y abuso que aqueja a los migrantes centroamericanos en su paso por México desde hace varios años. Una tradición en la que participan lo mismo el ejército que los distintos cuerpos policiacos o algunos miembros de "a pie" del Instituto Nacional de Migración. No en balde se ha popularizado entre los migrantes el dicho de que "México es un cementerio sin cruces". La pandilla del Barrio 18, por su parte, se instaló en el centro y los alrededores de Tapachula, participando en actividades delincuenciales de distinta índole y manteniendo su rivalidad con la MS 13, que guardaba su margen de influencia en la zona fronteriza.[30]

---

[28] El "tren de la muerte" es el tren de carga operado por la empresa privada Chiapas Mayab, en el que viajan cientos de centroamericanos al día en condiciones de precariedad y sumo peligro. El tren partía, antes del huracán *Stan*, de la zona fronteriza que divide a Guatemala de México y viaja por toda la zona costera hasta llegar a la ciudad de Veracruz.

[29] C. M. Perea, *op. cit*. Notas 63 y 64 del apartado correspondiente a "Las maras en México".

[30] *Idem*.

La presencia de las maras en el sur de México, sin embargo, no se prolongó por mucho tiempo. Como se dijo ya, a partir de 2003 se pusieron en marcha diversos programas para combatir el fenómeno. Entre ellos destacan el programa Acero (dividido en tres etapas: en 2003, 2004 y 2005); los operativos Costa y Frontera Sur, desarrollados por la Policía Federal Preventiva y la Agencia Federal de Investigación, y el programa Escudo Comunitario, coordinado con órganos de seguridad de Guatemala y El Salvador.[31] Estos programas, si bien trataron de incorporar algunas medidas de carácter preventivo, como charlas en las escuelas y trabajo directo con las poblaciones de niños y jóvenes de alto riesgo, estuvieron más orientadas hacia tareas de combate y de inteligencia que repetían, aunque con menor severidad, el esquema de detenciones masivas de las políticas de mano dura del norte de Centroamérica.

A raíz de estos programas y, según cifras de la Secretaría de Seguridad Pública de Chiapas, se reportaron 74 mareros centroamericanos detenidos en 2003; 201 en 2004 y 109 en 2005.[32] Es importante señalar que de 2003 a 2004 hay un incremento significativo en las detenciones, reflejo del impacto directo de las políticas de mano dura en la internación de un mayor número de mareros en el país.[33]

Sin embargo, es importante señalar que hacia 2005 el fenómeno claramente estaba siendo "mexicanizado". Los protagonistas ya no sólo eran jóvenes centroamericanos; más bien, se trataba de jóvenes mexicanos que se autoproclamaban miembros de dichas pandillas. Según cifras de la propia Secretaría de Seguridad Pública, del total de 300 mareros que se encontraban

---

[31] N. Armijo, R. Benítez y A. Hristoulas, *op. cit.*, p. 25.

[32] Rodrigo Sigfrid, *Las políticas de mano dura en Guatemala, Honduras y El Salvador, y su repercusión en el incremento de la presencia mara en la frontera sur de México*, tesis, ITAM, 2006, pp. 39-40.

[33] *Idem.*

en centros de reclusión, sólo 104 provenían de América Central (46 de El Salvador, 28 de Guatemala y 26 de Honduras).[34]

Durante este proceso de "mexicanización", las maras no estuvieron exentas de cambios en relación con sus dinámicas y normas. Como lo describe Perea, las maras mexicanas (o, mejor dicho, chiapanecas) adquieren los rasgos comunes de la mayoría de las pandillas locales en México. Estas maras, a diferencia de las centroamericanas, se caracterizan por presentar menores índices de violencia y una estructura organizativa más fluida. La influencia de las maras se limita entonces a la adopción de los rasgos identitarios que fueron mencionados anteriormente; a saber, el uso de cierta simbología presente en los tatuajes[35] y en los grafitis de estos jóvenes. En el caso de México, la transnacionalización de las maras queda también en entredicho y se hace presente, en última instancia, en la estética y en el conjunto de símbolos que sirven como referente a los jóvenes pandilleros mexicanos. Dicha estética aún tiene resonancia entre los jóvenes mexicanos del sur de México, aunque, debido a los operativos de seguridad que tienden a identificar a los "clones de las maras" como delincuentes potenciales, es muy probable que los pandilleros del sur del país opten por remover o esconder los tatuajes o los signos de identidad que los vinculen a las maras.

Finalmente, el huracán *Stan* trajo consigo la destrucción de las vías del tren ubicadas en la frontera de México con Guatemala, con lo cual desapareció uno de los escenarios de operación más redituables para los grupos de mareros.

---

[34] *Idem.*

[35] Es importante subrayar que, como indica el diagnóstico desarrollado por Perea (*op. cit.*) los pandilleros mexicanos no suelen tatuarse el rostro ni otras partes visibles del cuerpo. Esto no es un rasgo gratuito, indica, como dicho autor señala, un menor nivel de rompimiento con la sociedad y el afán del pandillero mexicano por mantener su vida en dos esferas: una criminal y una "normal" donde continúa interactuando con la familia y puede trabajar o estudiar de manera paralela a su vida pandilleril.

Actualmente, según las autoridades de Chiapas, se tiene un registro de 1333 mareros en el estado; de ellos, un 60% son de origen mexicano y, de este porcentaje, el 95% son jóvenes originarios de Chiapas.[36] Sin embargo, de acuerdo con la evidencia empírica recolectada por la Red Transnacional de Análisis sobre Maras, no queda claro que las maras tengan hoy por hoy una participación determinante en las actividades delictivas o en los índices de violencia del estado. Incluso, Perea sostiene que tanto los operativos de seguridad como el paso del huracán *Stan* disminuyeron considerablemente el grado de incidencia de las maras en México. En todo caso, habría que estar atento al posible impacto del desplazamiento de la ruta migratoria después de 2005, el cual sitúa ahora la salida del tren en el municipio chiapaneco de Arriaga. Hay quienes afirman, por ejemplo, que las maras han empezado a operar en la zona de Tenosique, en Tabasco, la cual constituye la "otra frontera sur", que ha empezado a ser escenario de abusos y actos delictivos contra los migrantes.

A manera de conclusión

Las maras constituyen un fenómeno sumamente complejo y dinámico. El alto grado de atención que despiertan en la opinión pública ha llevado a exagerar sus dimensiones y a retratarlas como una red organizada de crimen a nivel transnacional.

Sin embargo, como fue expuesto, no existe evidencia empírica que demuestre que las maras mantengan vínculos de carácter delictivo a nivel transnacional. Incluso, las experiencias migratorias entre los jóvenes mareros del triángulo del norte están disminuyendo drásticamente, producto de los encarce-

[36] N. Armijo, R. Benítez y A. Hristoulas, *op. cit.*, p. 24.

lamientos masivos y del endurecimiento de las fronteras de la subregión. Además, aquellos mareros que han logrado salir del triángulo del norte, escapando de las políticas de mano dura o de cero tolerancia implementadas en sus países, no han logrado reproducir las dinámicas de violencia y criminalidad de las maras en México. Más bien, las maras se han "mexicanizado" en el sur del país y no representan, hasta el momento, una amenaza a la seguridad que iguale o asemeje la amenaza que presentan las maras para el norte de Centroamérica.

La importancia de entender los límites de la transnacionalidad de las maras radica por lo menos en dos aspectos. Primero, evita caer en los argumentos que han querido ver en las maras un vehículo efectivo para redes criminales organizadas a nivel transnacional, tales como el narcotráfico o incluso el terrorismo internacional. Segundo, permite visibilizar que, si bien es cierto que la migración y las deportaciones han facilitado, en determinados momentos, que las maras extiendan su presencia en varios países de la región, esto no significa que vayan a reproducir automáticamente las mismas dinámicas en los distintos países a los que lleguen, ni que mantengan relación con la "clicka" o célula del país al que pertenecen.

En el caso mexicano, sobre todo, es importante entender que las maras tienen una presencia limitada y que, lejos de poner énfasis en las pandillas "transnacionales", México presenta un problema de pandillas locales que requiere ser atendido. El trabajo que realizó la Red Transnacional de Análisis sobre Maras en algunos barrios del Distrito Federal, Morelia y Tijuana, por ejemplo, evidenció la existencia de varias pandillas de carácter local. Éstas, aunque menos violentas y con vínculos muy precarios con el crimen organizado, representan una tarea pendiente para los tomadores de decisión. Lejos de ser combatidas a través de políticas de mano dura que han demostrado su poca efectividad, éstas deben ser atendidas a partir de medidas

de prevención y programas sociales que ayuden a disminuir los índices de violencia juvenil en el país.

La transnacionalidad de las maras reside, más bien, en el poder simbólico que representa la estética de estas pandillas y en los espacios de socialización que, al igual que otras pandillas, ofrecen para cientos de jóvenes excluidos de los conectores sociales tradicionales. El "antídoto" a esta transnacionalidad, sin embargo, no radica en el endurecimiento de las fronteras ni en las políticas de mano dura, sino en la creación de oportunidades reales para los jóvenes de la región y en espacios que hagan que pertenecer a las maras sea la excepción y no la norma entre los jóvenes de México y Centroamérica.

Mapa de la región



Cuadro 1
Número estimado de maras

País	Cifras de Interpol (2005)	Policías nacionales y/o Secretarías de Seguridad Pública (cifras 2004 y 2005)	Diagnósticos Red Transnacional de Análisis sobre Maras (estimaciones por caso)
Guatemala	14 000	8114	N/D
Honduras	36 000	3500	3417
El Salvador	10 500	9500	1500
México	N/D	Para Chiapas 300 en centros de reclusión (N/D total)	Véase Cuadro 2
Nicaragua	4500	2227	N/D

N/D: No disponible.

Cuadro 2
Pandillas locales en México (no maras)

	Grupos	Miembros
Tijuana	27	3196
Morelia	12	427
D.F.	30	2058
Tapachula	13	N/D

Fuente: Carlos Mario Perea, "Pandillas en México. Informe de investigación", México, Red Transnacional de Análisis sobre Maras y Pandillas, noviembre de 2006, en *http://interamericanos.itam.mx/maras*.

Cuadro 3
Deportaciones de Estados Unidos hacia Centroamérica por país

País	Deportados de 1992 a 1996*	Deportados de 1998 a 2004*
Guatemala	7276	64 312
Honduras	9497	106 826
El Salvador	9767	87 031
Nicaragua	1585	7745

* U.S. Department of Justice-INS, *1998, 1999, 2000, 2001, 2005 Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, y Office of Immigration-U.S. Department of Homeland Security, *2002 Yearbook of Immigration Statistics*. Cifras citadas tomadas de J. L. Rocha, *op. cit.*